



Medios, identidades y problemáticas sociales

Florencia Saintout

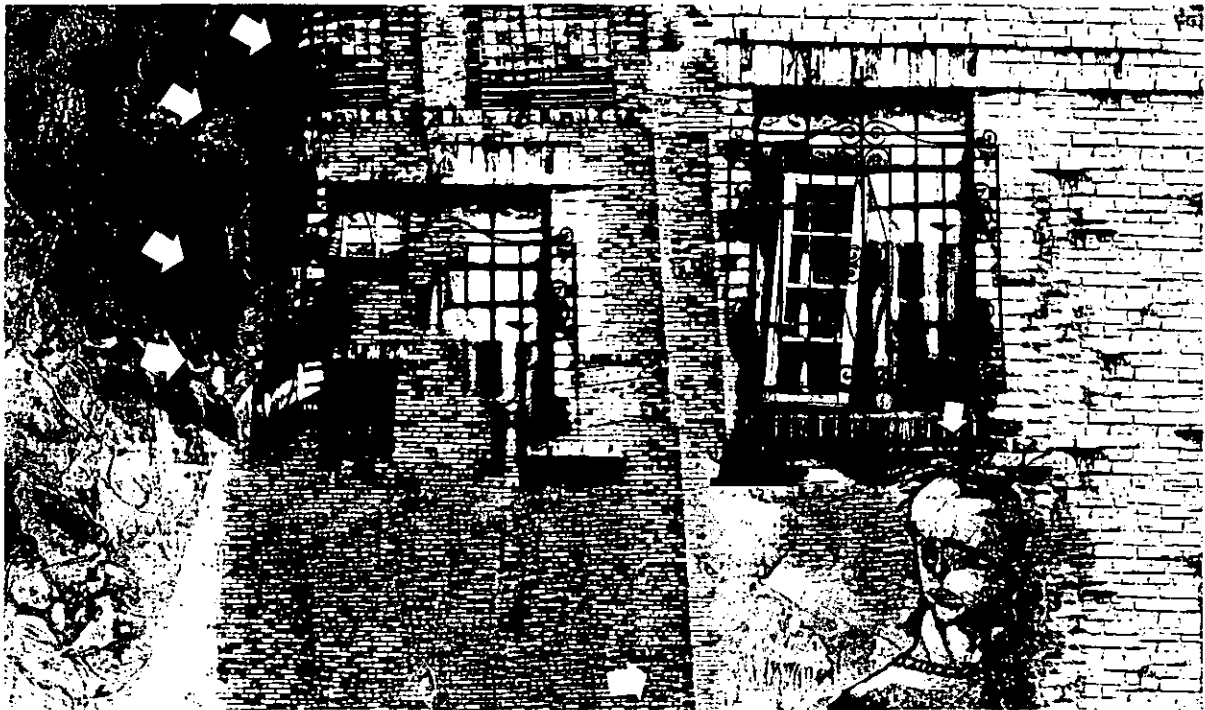
La criminalización de los jóvenes en la TV: los *pibes chorros*
Un acercamiento a la cultura desde los medios

Gabriel Alba

Los niños en la prensa colombiana del crimen

La criminalización de los jóvenes en la TV: los *pibes chorros*

Un acercamiento a la cultura desde los medios



Introducción

«El aumento exponencial de la violencia, en todas sus formas, en la mayor parte de los centros urbanos de América Latina y del resto del mundo, así como la primacía avasalladora de los medios de comunicación sobre las formas de acceso de jóvenes y adultos a las reglas de relación intersubjetiva en el espacio social, coloca continuamente a los medios en el centro de las interrogaciones sobre el fenómeno de la violencia».

Muniz Sodré

* Profesora e investigadora de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Maestra en Comunicación, UIA, México. Doctoranda de Flacso, Argentina. Correo electrónico: fsaintout@www.perio.unlp.edu.ar. Este artículo forma parte de lo trabajado por un equipo de investigación de la ciudad de La Plata que integra el proyecto *Mitologías Urbanas: la construcción social del miedo*, dirigido y coordinado por la doctora Rossana Reguillo.

La juventud como categoría social es una construcción, una invención del siglo XX, particularmente de la posguerra. Ser joven, entonces es, además de una dimensión material biológica e histórica, una categoría socialmente construida, cargada culturalmente. La juventud no es más que una palabra pero también es más que una palabra.

Pensando desde esta doble identidad de la juventud, podríamos afirmar que durante el siglo XX la construcción de lo joven, la emergencia de un nuevo actor social definido por su condición de juventud, se hace desde fuertes prácticas y discursos del control y del disciplinamiento social¹. Los jóvenes como aquellos que al no tener nada que perder, que poseyendo una moratoria y una energía vital mayor que los adultos, son considerados como sectores privilegiados para el desborde, es decir, temidos por su capacidad de ir más allá de las reglas establecidas. Varios han sido entonces los dispositivos de ese control social: el sistema escolar, la jurisprudencia, el mercado, la familia. En ellos, el control sobre los jóvenes es ejercido a partir de las ideas de contención o reencauzamiento de la desviación.

Esta mirada es asumida tanto desde perspectivas conservadoras como progresistas. En las posturas más conservadoras, ser joven aparece como patología social para corregir, como un estado temporal que en el mejor de los casos madurará, o sobre el que, en el peor, será necesario actuar desde prácticas de sanción. Desde las posturas progresistas, generalmente retomadas en la acción so-

cial, las organizaciones intermedias y ciertas líneas de la Iglesia Católica que trabajan con sectores empobrecidos, no se habla de patología pero se asume una impronta de «rescate» de la condición juvenil, de vuelta a los senderos perdidos ya sea por decisiones personales o sociales.

En la Argentina actual, sin embargo, pareciera ser que se afirma que ya no alcanza con el control definido desde la contención o el encauzamiento: son necesarias fuerzas de extirpación, de disolución de los protagonistas del desborde. En este contexto, cuando la gran mayoría de las instituciones públicas son cuestionadas desde varios lugares, es llamativo que la televisión continúe «ilesa» en el momento de crisis. Después de varios años de silencio, otros medios, específicamente la prensa gráfica², han sido cuestionados en este país por la tergiversación de la información y también por su papel como empresas empleadoras de trabajadores, pero no ha pasado lo mismo con la TV. Esto no significa que se pueda afirmar linealmente que la televisión goza de mayor credibilidad que la prensa, pero sí, al menos, que tiene un grado de aceptabilidad mayor que se debe, entre otras causas, a la existencia de una mayor diversidad en la televisión de voces y actores, creándose la sensación de que es posible que todos los sectores puedan ser expresados en ella.

En este artículo me propongo revisar y explorar cómo es que desde la TV argentina se está visibilizando un discurso que asocia violencia / juventud / delincuencia, y que aborda esta relación

1 La investigadora Rossana Reguillo, plantea que la emergencia en el espacio público de los jóvenes después de la posguerra viene de la mano de tres procesos básicos: la necesidad de retener a los jóvenes en las instituciones escolares antes de incorporarlos al mercado de trabajo y así mantener el equilibrio en la balanza de la población económicamente activa (esto debido a la extensión de los estándares de vida posibilitados por los desarrollos científicos); la generación de dispositivos jurídicos de «tutelaje», que al mismo tiempo opere como aparato de contención y sanción (de acuerdo a un clima político de posguerra atento a la universalización de los derechos humanos); y la emergencia de un mercado que interpela a los nuevos jóvenes como consumidores de la industria cultural. Véase: Reguillo, Rossana, *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Norma, Buenos Aires, 2001.

2 Me refiero, específicamente, al «escrache», a la denuncia de manipulación de la información, que sufrió el grupo Clarín, uno de los grupos multimedia más importantes del país, en el mes de enero de este año.





a partir de un intento por legitimar la exclusión social de los jóvenes. Exploraré las distintas voces en torno a la construcción de la relación juventud / delincuencia guiada por dos hipótesis: una, que la visibilidad de distintas opiniones no implica que estemos frente a procesos democratizantes y propiciatorios de la pluralidad social en la TV; otra, que la televisión contribuye a crear la «verdad» de que ser joven pobre hoy no solo es sinónimo de delincuente, sino que la sanción y la corrección no alcanzan y es necesario la extirpación de estos jóvenes del cuerpo social.

Los medios como agentes sociales

Los medios de comunicación no pueden ser concebidos solo como transmisores de información, sino que es necesario comprenderlos en su carácter de agentes sociales que, como tales, disputan poder con otros agentes en el espacio social, asumiendo discursos preexistentes y compitiendo con otras prácticas, y entre sí, para legitimarse como espacios de expresión y representación colectiva. Los medios no son solo técnicas, instrumentos neutros, sino que adquieren sentido desde un espesor sociocultural e histórico. No reflejan la realidad sino que contribuyen junto a otros actores a construirla.

Es así como entonces cobra sentido preguntarse por la construcción que hacen los medios de la condición juvenil y específicamente, en este trabajo, en relación con la violencia y la delincuencia. No solo porque los medios aportan un discurso propio de la problemática, sino porque para poder aportarlo, ese discurso tiene que ser al menos aceptable. Es decir, posible de ser dicho en determinado momento histórico, lo cual descentra de la escena a los medios: cómo se dice, por qué, es una cuestión que ocupa a los medios pero nos lleva más allá de ellos hacia las tramas complejas, materiales y simbólicas, de una formación social.

Tiempos de guerra

La temática de los jóvenes, asociada a la delincuencia, comienza a instalarse en la escena pública en los últimos años, y actualmente es, junto a la crisis económica e institucional, uno de los temas a los que los medios y particularmente la televisión más espacio han dedicado. La asociación jóvenes / delincuencia aparece como parte de la problemática de la seguridad, entendida ésta no como seguridad social sino como seguridad material de bienes y personas.

Pero la seguridad, así entendida, no aparece como un tema que atravesase a todos por igual. Cada vez con mayor fuerza desde distintos actores sociales se viene construyendo la idea de que existen aquellos que pueden ser los que arremeten contra la seguridad, y aquellos otros que pueden ser sus víctimas, que pierden la seguridad a instancias de la delincuencia. Están, entonces, los victimarios y las víctimas.

La televisión argentina retoma y da contenido a esta construcción desde la metáfora de la guerra: la metáfora como desplazamiento de sentido, como figura que consiste en hacer coincidir ideas e imágenes que no son vecinas en un efecto de semejanza que produce una nueva significación, como «presentación de una idea bajo el signo de otra más sorprendente»³. Un robo, un asesinato en la calle, un asalto a un banco cualquiera, son resignificados a partir de una imagen «más sorprendente», la de la guerra. «*Estamos en una guerra. Ustedes deciden, o están del lado de los chorros, o están del lado de la gente*» (Después de Hora, América, abril, 2002). «*Estamos en una guerra. O la asumimos o no vamos a ningún lado*» (panelista en Hora Clave, canal 9, abril 15, 2002).

Dos bandos. El juego de la guerra requiere de reglas para ser jugado. En principio, en la guerra existen dos bandos, uno bueno, justiciero, y otro malo, endemoniado, al que hay que enfrentar. En esta guerra el bando de los buenos es el de los

3 Ricoeur, Paul, *La metáfora viva*, París, Seuil, 1975, p.79.

ciudadanos que han sido atacados y vulnerabilizados en su seguridad, transformados en víctimas que deben ejercer la legítima defensa. Son aquellos que aunque poseedores del derecho de protección del Estado, ven a este como ineficiente e incluso ausente para garantizar la seguridad, y entonces deben actuar por sí mismos. El bando de los ciudadanos / víctimas es el bando de la verdad, de la ley, cuando no existe ninguna ley. Pero también es el bando de los aterrorizados, de los que temen al mal agazapado en la oscuridad.

Del otro lado, está el bando de la «maldad». Es el de aquellos que provocan el espanto: los delincuentes. Los que no tienen ley ni derechos. Los delincuentes están / son, roban / matan y sobre ellos hay que actuar. Pero en esta naturalización son y están bajo una fijación: son, pobres y jóvenes; están, en cualquier lugar pero vienen de las villas miserias. Tanto así que se llega a justificar la idea desde una supuesta científicidad del dato⁴: «Las estadísticas dicen que el 80 por ciento de los delincuentes vienen de las villas» (Comisario Naldi, La cornisa, canal 11, mayo 31, 2002).

No hay límites. Con la existencia de dos bandos aparece la segunda regla: en la guerra todo se puede. La enunciación, no legitimada en lo discursivo pero sí en las prácticas, encuentra en la Argentina su lugar en la memoria del horror, recordándonos los años de la última dictadura militar cuando la justificación de la tortura a los detenidos del Estado militar se hizo desde las necesida-

.....

4 La asociación jóvenes / pobreza / delincuencia ha sido ampliamente trabajada en América Latina, tanto desde la investigación académica, los organismos no gubernamentales, como desde el cine y la literatura, testigos indiscutibles de nuestras culturas contemporáneas. Podemos decir que esta no es una problemática exclusivamente argentina, pero sí afirmamos que en el momento del estallido argentino, de la llamada crisis, esta conjunción aparece con más fuerza que nunca.

5 En los primeros meses de este año, periodísticamente se denominó así a la planificación y matanza por parte de la Policía bonaerense de 60 jóvenes en el Conurbano de la Provincia. El caso fue denunciado en la Justicia.

6 Luego de los saqueos a supermercados ocurridos durante los acontecimientos de diciembre que destituyeron al entonces presidente Antonio de La Rúa, durante el año 2002 se comenzaron a difundir por los medios los «manuales de instrucción» para defenderse de los hambrientos que pudieran acosar los *countries*. En estos manuales se llamaba contundentemente a «tirar en principio al aire, luego a las piernas, y finalmente al cuerpo de los saqueadores».

des de la guerra. La frase «era una guerra», por lo tanto se podía torturar, fue moneda corriente en los años postdictadura.

Y si hoy, como se afirma en la televisión, estamos en una guerra: ¿puede ser justificable la tortura? ¿Puede ser justificable la matanza de los jóvenes pobres / delincuentes que forman parte del bando de los endemoniados? Por otro lado ¿puede justificarse el «armamentismo civil» creciente? ¿Se acepta el enfrentamiento armado de bandos con ausencia de la intervención estatal?

Sin que desde las voces oficiales del Estado, tanto desde la política como desde la jurisprudencia, se haga explícita una respuesta a estas preguntas, las noticias que hablan de unos llamados «escuadrones de la muerte»⁵ en el Gran Buenos Aires, o de los manuales para defenderse de las «hordas hambrientas» en los barrios cerrados⁶, difundidas por la TV después del 20 de diciembre, nos sensibilizan a escuchar las respuestas que amplios sectores de la sociedad están dando a estas preguntas.

Los que pierden. Finalmente, en la guerra, unos ganan y otros pierden: la guerra tiene un tiempo, una duración, y se termina cuando uno de los bandos ha sido vencido, derrotado ¿Qué significa en esta guerra ganar o perder? Ganar significa controlar al enemigo bajo las reglas propias. Pero si no es posible pensar en el control (lo que implica alguna idea de inclusión en el juego), entonces ganar significará eliminar a los otros. Cuando no existen políticas de inclusión social con respecto a los señalados como delincuentes, la derrota implica la exclusión en términos de desaparición del espacio social. La televisión da cuenta de este debate: o se elimina a los «chorros», o se los incluye. El debate se inclina, amplia y contundentemente por el lado de la eliminación.

Muertos que se olvidan

Si en las noticias televisivas aparecen todos los días hechos de violencia (asaltos, secuestros, asesinatos...) en los cuales los jóvenes son protagonistas



tas, y su condición de victimarios se recalca y se fija en juego de espejos a través de los distintos programas del día y de la semana, el hecho de que en esos mismos acontecimientos mueran también estos jóvenes delincuentes no es un dato para presarle demasiada atención. Pareciera ser natural, esperable, casi un castigo divino.

La muerte de jóvenes «delincuentes» no es construida como noticiable salvo casos excepcionales de gatillo fácil, ocasión en que la noticia no es la muerte de jóvenes por la Policía sino su denuncia en un juzgado, y aún así, los casos son rápidamente olvidados en la televisión. Por otro lado, la muerte de una «víctima», es decir, de un ciudadano, sí forma parte de la crónica diaria. Mucho más todavía si el muerto es policía: en este último año hasta se ha hablado en los medios y fuera de ellos, de la necesidad de penalizar con más años de cárcel al que mate a un policía.

Escribe Rossana Reguillo con respecto a esta situación que rebasa los límites de la Argentina y se hace extensible al resto de América Latina: «De ahí que el saldo de los acontecimientos arroje como balance una esquizofrénica dicotomía entre *muer-*

tos buenos y muertos malos, o peor aún muertos olvidables. Las noticias de hechos de «violencia» en contra de jóvenes se convierten en algo natural, normal, pasan a segundo plano, se olvidan. Y con esta amnesia se contribuye a la impunidad, a la tolerancia infinita que no es capaz de ponerle un freno a la violencia, venga de donde venga»⁷.

Asesinos por naturaleza

En la televisión, en los últimos años, el relato sobre la delincuencia ha aparecido deshistorizado y sin problematizar. Como se naturalizó que los delincuentes son jóvenes villeros, también se naturalizó la ausencia de una pregunta por las razones o condiciones que llevan a alguien a robar o matar. Se los describió como lobos salvajes en una salvaje selva, creándose la sensación de que si bien no siempre ha sido así no ha habido datos que permitieran comprender la razón de su emergencia en el espacio social.

Aunque hoy la televisión ha dejado de tratar la delincuencia como una cuestión exclusivamente privada, de patologías individuales, «intuyendo» que la problemática puede ubicarse en alguna dimensión social: la delincuencia, se afirma, es un problema social. En términos muy generales se dice que tiene que ver con la decadencia social, con la decadencia el Estado y de la política. «Hay que encerrar a los delincuentes, pero los culpables son los funcionarios políticos», se escucha con frecuencia pero sin que quede muy claro qué tipo de responsabilidad tienen estos: ¿la de no ejercer mano dura? ¿la de no legislar adecuadamente? ¿de ser ellos mismos delincuentes?

La incorporación de los políticos al debate no es sorprendente en la Argentina actual, donde después del 20 de diciembre de 2001 se hace explícito un acuerdo colectivo en torno a la asociación entre decadencia y política. También la ubicación de la problemática de la delincuencia en un marco

.....

⁷ Reguillo, Rossana, Op. cit., p. 156.

social amplio tiene que ver con la emergencia en la Argentina actual de la discusión en torno a la cuestión pública, siendo explícito algún grado de *politicidad* de la vida cotidiana.

Pero lo que no toma ni profundiza la televisión es el debate —sí elaborado en otros ámbitos, tanto académicos como de cierta militancia social— en torno a la relación entre delincuencia, violencia y exclusión social. La televisión no solo ignora lo trabajado desde esta relación, sino que se niega a plantearla. Y cuando aparece la relación, dudando de que «si fuera así, ¿qué se hace mientras tanto?», asume que si la delincuencia fuera causa de la exclusión no habría nada que hacerle, porque la exclusión es inevitable. Entonces, mejor buscar por otro lado.

Los delincuentes no tienen derechos

En el multimillonario estreno de *El Hombre Araña*, el héroe encuentra su misión persiguiendo al asesino de su tío. Cuando lo atrapa, este le pide una segunda oportunidad, y el hombre araña le contesta: —¿Tuvo mi tío una segunda oportunidad? Entonces, lo mata. La TV pone en discusión hoy las segundas oportunidades de los delincuentes, el derecho de los delincuentes a la justicia, a la institucionalidad en los procesos de detención. «*En este país los únicos que tiene derechos humanos son los delincuentes, mi marido cuando lo asesinaron no tuvo derechos*» (Hora Clave, panelista, mayo, 2001). Es decir, si nosotros no tuvimos justicia, ellos tampoco la tendrán: el que a hierro mata a hierro muere.

Los argumentos que apoyan esta idea giran alrededor de un relato deshistorizado: cuando salen de la cárcel, vuelven a robar y a matar. La experiencia de la cárcel no les enseña, no aprenden a vivir en sociedad. El relato se repite una y otra vez: este que mató ya estuvo en la cárcel, este que robó ya había robado... El relato se agudiza y agrava cuando el que roba o mata es un menor: «*entran*

por una puerta y salen por la otra, con la excusa de que son menores no cumplen la pena que deberían cumplir». Se dice que la ley no debería contemplar la figura del menor, los menores no deberían tener derechos por ser menores: «*Pena de adultos para delitos de adultos*», dice el periodista Daniel Hadad en su programa y al otro día lo repite la presidenta de AVIDEL (Asociación de Víctimas de la Delincuencia) por televisión, en un acto de protesta contra la «impunidad» de los jóvenes delincuentes.

La televisión argentina, en los últimos meses, ha puesto en discusión, a través del debate sobre la jurisprudencia y la condición de menor, el derecho de los jóvenes a una legislación que particularice su condición de jóvenes, que contemple el derecho al tutelaje del Estado. Se pide que se achique la edad en que los menores puedan estar bajo tutela del Estado, supuestamente protegidos por este, que actualmente es de 16 años. Que si a los 13, 14 años robaron, sus actos se penalicen de la misma forma como se penalizan los actos de los adultos.

Aquí tal vez sea necesario aclarar la siguiente cuestión: que hoy exista un marco jurídico que hable del tutelaje de los menores de 16 años por el Estado no implica en la práctica que el Estado esté protegiendo a los jóvenes. Solo la denuncia de la muerte de sesenta chicos en manos de la Policía entre el año 1999 y 2000 obliga a una reflexión sobre las condiciones de dicha tutela. «En el caso de los sesenta menores esta supuesta forma de protección estatal no solo no significó una protección, sino que paradójicamente, se convirtió en antesala de una muerte violenta»⁸.

Pero no es el problema de si el Estado está o no protegiendo a los jóvenes lo que toma la televisión como debate, sino que ignorando la pregunta avanza sobre la necesidad de penalizar a los jóvenes de la misma manera como se penalizan o se debería penalizar a los adultos. Importa si a los 12 años se puede robar y matar como a los 30, y la respuesta es contundentemente afirmativa en la TV, lo que implicaría un abandono de la jurisprudencia centrada en la rehabilitación y protección, para pasar de lleno a la necesidad del castigo. El pasaje pare-

8 García Méndez, Emilio, Consultor de UNICEF para Argentina, Chile y Uruguay, *Página 12*, marzo 3, 2002.



ciera enunciar que estos chicos ya están perdidos, que no se puede pensar en ellos desde su incorporación. Hay que señalar, que la cuestión etaria encubre un debate de fondo con respecto a la responsabilidad social frente al dato de que cada vez son más jóvenes los que cometen hechos de violencia social.

Pero la televisión

Frente a lo presentado me gustaría detenerme en una cuestión: la construcción que hace la TV de la delincuencia no es unidireccional, ni lineal; es justamente en la televisión donde hoy también se están visibilizando muchas de las contradiccio-

nes que al respecto está atravesando la sociedad toda. No podríamos entender mucho si solo viéramos el discurso policial (aunque no de policías): también la televisión toma hoy las voces de los «delincuentes», de los pibes *chorros*, y lo hace desde varios lugares, incorporándolas a la nominación hegemónica de la cuestión, pero también en ocasiones esgrimiendo alternativas al tratamiento «oficial».

En la televisión hoy, se visibiliza no solo la imagen de los delincuentes que con ferocidad llevan adelante un asalto con una familia como rehén, no solo se muestra la salvaje paliza dada a un ciudadano por una patota de adolescentes, sino que también se trabaja la imagen y la voz de alguien que encapuchado dice salir a robar porque no le dejaron otra salida, o se entrevista a los *pibes chorros* que hablan desde cierta intención de impugnar los órdenes dominantes. Como también se narra la historia del santo de los *chorros*, Manuel Frente Vidal, aquel joven asesinado por la Policía en el Gran Buenos Aires, «que logra el milagro de que las balas doblen, dicen los pibes»⁹.

No hay que dejar de lado que han sido las industrias culturales las que han hecho de las cumbias villeras un fenómeno que cruzó las fronteras de las villas y que de muy diferentes formas se instaló en el debate social, ubicando una figura y una construcción de la delincuencia al menos en conflicto con la de las nominaciones policiales. La televisión dramatiza como ningún otro medio la figura del delincuente, interpellando a ciertos actores a participar de los juegos de visibilidad que van más allá de las crónicas policiales: rompiendo la linealidad muestra, hace visibles, diversos relatos con respecto a la delincuencia.

Aunque es necesario advertir que esta diversidad de narraciones en la TV no implica necesariamente que estemos frente a una pluralidad de miradas y sujetos que nos hablen de una dimensión democratizante de la problemática. Que la televi-

⁹ Alarcón, Cristian, «Veinte tumbas esperando una flor», en *Revista Tram(p)as de la comunicación*, No. 2, La Plata, 2002.

sión muestra, no implica ni que muestre todo (se eligen ciertas estéticas, ciertos actores y ciertos relatos, lo que muchas veces permite profundizar más la estereotipación y facilita la estigmatización) ni que en tratamientos supuestamente progresistas no se deje de asumir la mirada, la nominación hegemónica. Justamente, habría que pensar que esta mirada está armada para ser narrada no solo bajo un único relato. Es así como, por ejemplo, las respuestas que dan unos chicos encapuchados pobres a un entrevistador «sensible» a sus condiciones de vida con respecto al futuro (Juan Castro, KAOS), no hacen más que confirmar lo que es uno de los terrores más fuertemente gestionados por la TV y las políticas de turno: no tienen futuro. Estos chicos pobres no tienen futuro, por lo tanto, no tienen nada que perder, son incontrolables, van por todo y todos porque no tienen nada.

Finalmente, a manera de conclusión, en este artículo me interesa señalar algunas cuestiones. En primer lugar, hacer hincapié en la necesidad de una mirada crítica a la criminalización de la pobreza y la juventud que se está llevando adelante hoy en la sociedad argentina, y en la cual la televisión actúa como un agente privilegiado en la construcción de los sentidos dominantes. Pero también marcar que este no es un problema exclusivo de la Argentina (el momento actual nos lleva a pensar con facilidad que «todos» los problemas son argentinos, lo que cercena muchas de las posibilidades de comprensión de los mismos), sino que aparece como una realidad compartida al menos por el resto de los países latinoamericanos. Tal vez la particularidad argentina esté en el hecho de que la radicalización de los discursos corre paralela al momento del estallido de la crisis, donde también las respuestas más politizadas están llevándose adelante por movimientos donde los jóvenes ocupan la delantera.

En segundo lugar, tomo nuevamente la hipótesis esgrimida al comienzo del artículo: intuyo que estamos asistiendo en este cruce de siglos a una rápida desaparición de los discursos de control de los jóvenes para visibilizar como nunca antes discursos y prácticas, legales e ilegales, de extirpación del cuerpo social de unos ciertos jóvenes.

Por último, planteo aquí la necesidad de retomar en el campo social la problematización de la relación entre exclusión social y delincuencia, que se ahoga, se desaparece, en los medios de comunicación, y particularmente en la televisión. La deshistorización de la delincuencia, su naturalización en ciertos sujetos y ciertas prácticas, permitirá el recrudescimiento de los muros que cada vez más violentamente separarán a aquellos a los que les es permitido vivir a pesar del horror de aquellos que ya no tienen lugar, si no es en las crónicas del espanto.

Bibliografía

- Alarcón, Cristian, «Veinte tumbas esperando una flor», en *Revista Tram(p)as de la comunicación*, No. 2, La Plata, 2002.
- Reguillo, Rossana, *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Norma, Buenos Aires, 2001
- Ricoeur, Paul, *La metáfora viva*, París, Seuil, 1975.
- Sodré, Muniz, *Sociedad, cultura y violencia*, Norma, Buenos Aires, 2001.